

Atrapada

Kristin y P. C. Cast



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22
www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2010, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2009, Kristin y P. C. Cast

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

1



El sueño comenzó con un sonido de batir de alas. Recordándolo en retrospectiva, reconozco que debería haber caído en la cuenta de que era un signo de mal agüero, pero en ese escenario parecía solo un sonido de fondo, como el ruido del ventilador o el de la televisión encendida en el canal de teletienda.

En mi sueño, yo estaba de pie en medio de una preciosa pradera. Era de noche, pero había una luna llena enorme, asomándose justo por encima de los árboles que formaban las lindes del prado. Arrojava una luz azul plateada lo suficientemente intensa como para crear sombras y hacer que pareciera como si todo estuviera debajo del agua: una impresión reforzada por la agradable brisa que soplaba sobre la suave hierba que, a su vez, me acariciaba juguetonamente las piernas desnudas, como las olas que lamen dulcemente la costa. Esa misma brisa me levantaba el abundante pelo negro de los hombros, que llevaba descubiertos, y me hacía sentir como si fuera de seda y flotara sobre mi piel.

¿Piernas desnudas?, ¿hombros descubiertos?

Bajé la vista y solté un grito de sorpresa. Yo llevaba un vestido de ante verdaderamente corto. Tenía un escote en forma de «V» tanto por delante como por detrás, así que me dejaba los hombros descubiertos y gran parte de la piel al desnudo. El vestido era en realidad increíble: blanco y adornado con flecos, plumas y conchas; parecía brillar a la luz de la luna. Estaba completamente bordado con cuentas que formaban complejos dibujos de una belleza alucinante.

¡Tengo tantísima imaginación!

El vestido me hizo recordar algo, pero en ese momento no hice caso. No quería estrujarme demasiado la cabeza. Al fin y al cabo, estaba soñando. En lugar de reflexionar sobre recuerdos ya vividos, preferí jugar a bailar por la pradera mientras me preguntaba si Zac Efron o incluso Johnny Depp aparecerían de pronto por allí para ponerse a ligar descaradamente conmigo.

Miré a mi alrededor mientras daba vueltas y me balanceaba con el viento, y entonces creí ver a las sombras moverse de una forma extraña e intermitente, dentro de la masa de los árboles. Me paré y entrecerré los ojos para ver mejor lo que estaba ocurriendo en la oscuridad. Me conozco y conozco mis extraños sueños, por lo que no me hubiera sorprendido ver botellas de refresco de cola colgadas de los árboles como si fueran frutas exóticas, esperando a que las cogiera.

Y entonces fue cuando él apareció.

Al borde de la pradera, bajo las sombras de los árboles, se materializó de pronto una forma. Logré ver su cuerpo porque la luz de la luna se reflejó en las lisas y desnudas líneas de su silueta.

¿Desnudas?

Me paré. ¿Acaso mi imaginación se había vuelto loca? De ninguna manera estaba yo dispuesta a retozar por la pradera con un tipo desnudo, aunque fuera el increíble y misterioso Johnny Depp.

—¿Vacilas, mi amor?

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al oír su voz, y el susurro de una carcajada terrible y burlona se coló por entre las hojas de los árboles.

—¿Quién eres?

Me alegré de que en el sueño, mi tono no delatara mi miedo.

Su risa era tan grave y bella como su voz, e igual de alarmante. Resonó entre las ramas de los árboles expectantes hasta casi arremolinarse de forma visible en el aire, a mi alrededor.

—¿Finges no conocerme?

Su voz rozó mi cuerpo, haciendo que se me erizara el vello de los brazos.

—Sí, claro que te conozco. Soy yo quien te ha creado. Este es mi sueño. Eres una mezcla de Zac y de Johnny.

Vacilé, alcé la cabeza en su dirección. Yo hablaba con naturalidad a pesar de que el corazón me latía como un loco porque en ese momento me resultaba ya absolutamente evidente que ese tipo no era ninguna mezcla de dos actores.

—Bueno, o puede que seas Superman o mi príncipe azul —añadí por decir algo, con tal de que no fuera la verdad.

—No soy un producto de tu imaginación. Pero tú me conoces. Tu alma me conoce.

Yo no había dado un solo paso, pero mi cuerpo se veía arrastrado hacia él. Era como si su voz tirara de mí. Llegué a su lado y alcé la vista. La alcé, y la alcé, y la alcé...

Era Kalona. Lo había reconocido en cuanto pronunció las primeras palabras. Sencillamente, no había querido admitirlo en mi fuero interno. ¿Cómo podía estar soñando con él?

Era una pesadilla; tenía que tratarse de una pesadilla.

Su cuerpo estaba desnudo, pero no era enteramente materia. Su silueta oscilaba y cambiaba según transcurría el tiempo y lo acariciaba la brisa. Detrás de él, entre las sombras verde oscuro de los árboles, vi las siluetas fantasmales de sus hijos, los cuervos del escarnio, cuyos miembros terminaban en manos y pies, y que me miraban con sus ojos humanos incrustados en sus rostros mutantes de pájaros.

—¿Sigues insistiendo en que no me conoces?

Tenía los ojos oscuros: eran como un cielo sin estrellas. Parecían la parte más corpórea de todo su ser. Eso y la voz suave. *Pero aunque se trate de una pesadilla sigue siendo mía*, pensé. Podía despertarme. Y quería despertarme. ¡Quería despertarme!

Pero no me desperté. No podía. No era yo quien ejercía el control, sino Kalona. Él había creado el lugar del sueño, esa oscura pradera de pesadilla, y de algún modo me había llevado a mí allí y había cerrado la puerta.

—¿Qué es lo que quieres?

Hice la pregunta con rapidez, para que él no pudiera oír el temblor de mi voz.

—Sabes lo que quiero, amor mío. Te quiero a ti.

—No soy tu amor.

—¡Pues claro que sí!

Esa vez fue él quien se movió. Se acercó tanto a mí que pude sentir el intenso frío que emanaba de su cuerpo insustancial.

—Eres mi A-ya.

A-ya era el nombre de la doncella que las mujeres sabias cheroqui habían creado para atraparlo hacía siglos. Sentí como el pánico me invadía.

—¡No soy A-ya!

—Tú controlas los elementos.

Su voz era como una caricia: horrible y maravillosa, irresistible y aterradora al mismo tiempo.

—Son los dones de mi Diosa —contesté yo.

—Ya una vez controlaste los elementos. Estabas hecha de ellos. Creada a propósito para amarme.

Estiró y elevó las enormes alas oscuras. Las batió hacia delante con suavidad y me envolvió con ellas en un abrazo espectral, frío como el hielo.

—¡No! ¡Debes de haberme confundido con otra! ¡No soy A-ya!

—Te equivocas, mi amor. La siento en ti.

Me estrechó con las alas contra su cuerpo, me atrajo más hacia él. A pesar de que su forma física era solo en parte corpórea, pude sentirlo. Sus alas eran suaves. Todo él era como el frío del invierno contra el calor del yo del sueño. La silueta de su cuerpo era una neblina frígida. Me quemaba la piel, y al mismo tiempo me producía una especie de escalofrío eléctrico que me atravesaba entera y me embargaba con un deseo que no quería sentir, pero al que no podía resistirme.

Su risa era seductora. Deseaba ahogarme en ella. Me incliné hacia delante, cerré los ojos y jadeé. El hielo de su espíritu me abrasaba el pecho y me producía sensaciones bruscas y dolorosas, pero también deliciosamente eróticas, hasta el punto de hacerme creer que iba a perder el control.

—Te gusta el dolor. Te produce placer.

Sus alas se volvieron más insistentes; su cuerpo se tornó más duro y frío, más apasionadamente doloroso al apretarse contra el mío.

—Ríndete a mí —dijo con una voz que, si ya antes era bella, con la excitación sonó increíblemente seductora—. He pasado siglos en tus

brazos. Esta vez yo seré el amo de nuestra unión, y tú te deleitarás en el placer que yo te voy a dar. ¡Quítate los grilletes de tu Diosa distante y ven a mí! ¡Sé mi amante de verdad, en cuerpo y alma, y yo te concederé el mundo!

Por fin el significado de esas palabras penetró la neblina de dolor y de placer, fue como si los ardientes rayos del sol quemaran y se llevaran las gotas de rocío. Recuperé mi fuerza de voluntad y salí a trompicones del abrazo de sus alas. Volutas de humo negro y helado seguían enroscándose aún alrededor de mi cuerpo, aferrándose a mí, tocándome, acariciándome...

Me sacudí como si fuera un gato enfadado, despojándome de las oscuras y resbaladizas briznas de humo, y contesté:

—¡No! No soy tu amante. No soy A-ya. ¡Y jamás le daré la espalda a Nyx!

Al pronunciar el nombre de Nyx, la pesadilla se rompió.

Me incorporé y me senté en la cama, temblorosa y jadeante. Stevie Rae dormía profundamente a mi lado, pero *Nala* estaba despierta y gruñía. Tenía la espalda arqueada y el cuerpo hinchado por completo, y miraba con los ojos entrecerrados justo por detrás de mí.

—¡Aj!, demonios! —chillé yo.

Salí de la cama, eché un vistazo y alcé la vista. Esperaba ver a Kalona planeando como un pájaro gigante por encima de nosotras.

Pero nada. Encima de nosotras no había nada.

Agarré a *Nala* y me senté en la cama. La acaricié una y otra vez con manos trémulas.

—Solo ha sido un mal sueño... un mal sueño... un mal sueño.

Eso fue lo que me dije, pero yo sabía que era mentira.

Kalona era real, y de algún modo era capaz de llegar a mí a través de los sueños.



Bien, de modo que Kalona podía meterse en mis sueños. Pero en ese momento estaba despierta, así que ya podía relajarme, me repetí con severidad, una y otra vez, mientras acariciaba a *Nala* y dejaba que el ronroneo de la gata me tranquilizara. Stevie Rae se movió y murmuró algo que no pude oír. Luego, aún durmiendo, sonrió y suspiró. Yo bajé la vista hacia ella; me alegraba ver que tenía mucha más suerte que yo.

Tiré con suavidad de la manta bajo la cual se acurrucaba y respiré aliviada al ver que no le salía sangre por el vendaje que le tapaba la horrible herida de flecha que la había atravesado.

Stevie Rae volvió a moverse. En esa ocasión parpadeó y abrió los ojos. Por un momento pareció confusa, pero luego sonrió medio en sueños en mi dirección.

—¿Qué tal estás? —le pregunté.

—Estoy bien —contestó ella, un tanto grogui—. No te preocupes tanto.

—Es un poco difícil no preocuparse cuando mi mejor amiga no hace más que morirse —dije con una sonrisa.

—Esta vez no me he muerto. Casi me muero, que es distinto.

—No me parece que haya tanta diferencia, a pesar del «casi», por lo que se refiere a los nervios.

—Pues diles a tus nervios que se calmen y que se vayan a la cama —concluyó Stevie Rae, que inmediatamente cerró los ojos y tiró de la manta hasta taparse la cara—. Estoy bien —repitió—. Todo saldrá bien.

Poco después su respiración comenzó a hacerse más profunda, y en menos tiempo del que se tarda en parpadear ya estaba otra vez dormida.

Reprimí un enorme suspiro y volví corriendo a la cama. Traté de ponerme cómoda. *Nala* se acurrucó en medio, entre Stevie Rae y yo, y me soltó un «*miauff*» de cascarrabias, que quería decir que me relajara y me durmiera.

¿Dormir? ¿Y volver a soñar otra vez? ¡Ah, no! ¡Ni hablar!

Prefería vigilar la respiración de Stevie Rae y seguir acariciando a *Nala*, aunque en realidad estuviera ausente. Me resultaba increíblemente extraño que todo fuera normal en aquella pequeña burbuja de paz que habíamos construido. Estuve contemplando cómo dormía Stevie Rae, y me pareció casi imposible creer que solo unas pocas horas antes a ella le saliera una flecha por el pecho y que hubiéramos tenido que escapar deprisa y corriendo de la Casa de la Noche porque el caos estaba desgarrando nuestro mundo. Me resistía a dejarme llevar por el sueño, de modo que mi mente, agotada, volvía una y otra vez, como en círculos, a los mismos hechos, para revivir los acontecimientos de la noche. Y mientras los revisaba, volvía a asombrarme una y otra vez de que hubiéramos podido sobrevivir...

Entonces recordé que, por increíble que parezca, Stevie Rae me había pedido que consiguiera lápiz y papel porque creía que aquel era un buen momento para hacer una lista de las cosas que tendría que bajar a los túneles. No quería que nos faltara ni comida ni nada, sobre todo si íbamos a tener que estar allí escondidos un tiempo.

Y me lo había pedido con una voz por completo serena, sentada frente a mí, con la flecha atravesándole el pecho. Recuerdo haberla mirado, haber sentido ganas de vomitar, haber apartado la vista y haber contestado:

—Stevie Rae, no estoy segura de que este sea un buen momento para hacer ninguna lista.

—¡Ay! ¡Demonios!, esto duele más un cardo borriquero clavado en el pie —se había quejado Stevie Rae, que por un momento había retenido el aire y al momento siguiente lo había soltado. A pesar de

todo, logró sonreír por encima del hombro en dirección a Darius, que le había rasgado la camisa por detrás para dejar al descubierto la flecha que le salía por el centro de la espalda—. Perdona, no quería decir que me duela por tu culpa. ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Me llamo Darius.

—Es un guerrero de los Hijos de Érebo —añadió Aphrodite, dedicándole al chico una sonrisa sorprendentemente amable.

Recalco de ese modo su sonrisa porque, por lo general, Aphrodite es egoísta, malcriada, odiosa y un tanto difícil de soportar, aunque a mí ya empieza a gustarme. En otras palabras: que no es una persona simpática, aunque cada día estaba más y más claro que sentía algo por Darius, y de ahí que fuera más amable con él de lo que suele ser con nadie.

—¡Por favor! Es evidente que es un guerrero. Tiene la constitución de una montaña —había dicho Shaunee, lanzándole a Darius una mirada seductora.

—Una montaña supersexi —añadió Erin como un eco, al tiempo que le lanzaba a su vez un sonoro beso.

—No está disponible, gemelas *frikis*, así que iros a jugar las dos juntitas —les soltó automáticamente Aphrodite.

Sin embargo, a mí no me pareció que pusiera toda su alma en el insulto. De hecho, después de volver a reflexionar sobre el asunto, incluso creo que sonó amable.

¡Ah!, por cierto, Erin y Shaunee son almas gemelas. No son gemelas biológicas, ya que Erin es rubia, de ojos azules y de Oklahoma, y Shaunee tiene la piel del color del caramelo, como los jamaicanos del este, de los que es descendiente. Pero las leyes genéticas no servían en este caso, pues aunque las hubieran separado al nacer se habrían juntado con su radar gemelar.

—¡Ah, genial! Gracias por recordarnos que nuestros novios no están aquí —exclamó Shaunee.

—Sí, porque probablemente a estas alturas ya se los habrán comido los hombres pájaro *frikis* esos —añadió Erin.

—¡Eh, animaos! En realidad la abuela de Zoey no dijo que los cuervos del escarnio se comieran a la gente. Solo dijo que los agarraban con sus gigantescos picos y los arrojaban una y otra vez contra una pared,

o contra lo que sea, hasta romperles los huesos —les dijo Aphrodite a las gemelas con una sonrisa desenfadada.

—Bueno, Aphrodite, no creo que eso vaya a animarlas mucho —intervine yo.

Aunque Aphrodite tenía razón. En realidad, y por terrible que sonara, tanto ella como las gemelas podían tener razón. Yo no quería pensar demasiado en ello; prefería prestar atención a mi mejor amiga, que estaba herida. Stevie Rae tenía un aspecto absolutamente horrible: estaba pálida, sudorosa y cubierta de sangre.

—Stevie Rae, ¿no crees que deberíamos de llevarte a...?

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

Justo entonces Jack entró de golpe en la estrecha zona lateral del túnel que se había convertido en el dormitorio de Stevie Rae, seguido de cerca por la perra labradora amarilla que no le quitaba el ojo de encima al chico. Jack estaba colorado y blandía una especie de maletín blanco que tenía una enorme cruz roja encima.

—Estaba donde tú decías, Stevie Rae. En ese túnel que parece una especie de cocina.

—Y en cuanto recupere el aliento, os contaré lo contento que me puse al descubrir que las neveras y los microondas funcionan —añadió Damien, que entró en el dormitorio después de Jack. Respiraba trabajosamente y se apoyaba con exageración sobre una cadera—. Tienes que explicarme cómo te las has arreglado para bajar todo eso aquí, incluyendo la electricidad —continuó Damien, que hizo una pausa, vio la camisa desgarrada y ensangrentada de Stevie Rae y la flecha que aún le salía por la espalda, y sus mejillas sonrosadas se tornaron pálidas—. Ya me lo explicarás en cuanto te cures y dejes de estar ensartada *en brochette*.

—¿En qué? —preguntó Shaunee.

—¿Bro... qué? —preguntó a su vez Erin.

—Es una palabra de origen francés que significa que algo está pinchado, por lo general algo de comer, cretinas. *Que el mundo se esté volviendo loco y el mal soltara los pájaros de la guerra* —continuó Damien, que alzó las cejas en dirección a las gemelas mientras citaba erróneamente a Shakespeare, a propósito. Sin duda esperaba que ellas reconocieran la frase, cosa que, evidentemente, no ocurrió—, no

excusa vuestro lenguaje —añadió. Luego se giró hacia Darius y añadió—: ¡Ah!, y también he encontrado esto entre un montón de herramientas no muy limpias.

Damien levantó la mano con lo que parecían unas tijeras gigantes.

—Traed el cortaalambres y el equipo de primeros auxilios aquí —dijo Darius con tono eficiente.

—¿Qué vas a hacer con el cortaalambres? —preguntó Jack.

—Voy a cortar la punta de la flecha para poder sacársela por delante. Así podrá empezar a curarse —contestó Darius con sencillez.

Jack gritó y se dejó caer sobre Damien, que lo rodeó con un brazo. *Duchess*, la perra labradora amarilla que tan profundamente se había apegado a él desde el momento en el que su amo original (un iniciado llamado James Stark) había muerto no muerto y, por último, disparado la flecha que se le había clavado a Stevie Rae en el pecho como parte del malévolo plan para liberar a Kalona, el horrible ángel caído (sí, ahora me doy cuenta, volviendo la vista atrás, de que es una historia muy compleja y hasta confusa, pero es lo típico de los planes malévolos); bueno, *Duchess* ladró y se reclinó sobre la pierna de Jack.

¡Ah!, y además Jack y Damien son pareja. Lo que significa que son adolescentes gais. Sí, son cosas que ocurren. Más a menudo de lo que uno espera. No, borra eso. Lo que pasa es que ocurre más a menudo de lo que los padres esperan.

—Damien, ¿podrías Jack y tú eh... volver a la cocina que habéis encontrado y coger algo de comer para todos? —les pedí yo, buscando algo que pudieran hacer para no quedarse mirando a Stevie Rae—. Apuesto a que todos nos encontraríamos mucho mejor si comiéramos algo.

—Yo probablemente vomitaría —declaró Stevie Rae—. Es decir, a menos que se trate de sangre —añadió, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

No terminó de hacer el gesto, porque gritó y se puso aún más pálida que antes, si cabe.

—Sí, por aquí tampoco tenemos mucha hambre, la verdad —convino Shaunee, que seguía mirando la flecha que le salía a Stevie Rae por la espalda con la boca abierta y con la misma fascinación con la que la gente contempla un accidente de coche.

—Lo mismo digo, gemela —confirmó Erin.

Erin, en cambio, dirigía su mirada hacia cualquier otra persona que no fuera Stevie Rae.

Yo acababa de abrir la boca con la intención de decirles a todos que en realidad me daba lo mismo si tenían hambre o no, y que lo único que quería era mantenerlos ocupados y alejados de Stevie Rae durante un rato, cuando Erik Night entró corriendo en el dormitorio.

—¡Lo tengo!

Llevaba un aparato combinado de radiocasete con CD integrado viejo y enorme. Era uno de esos armatostes grandes, con altavoces, que antiguamente se llamaban «loros», en los años ochenta, creo. Sin mirar siquiera a Stevie Rae, lo dejó encima de la mesa que estaba junto a ella y Darius, y comenzó a jugar con los enormes botones que eran como pomos de plata brillantes, mientras musitaba algo así como que esperaba poder coger algo allí abajo.

—¿Dónde está Venus? —le preguntó Stevie Rae a Erik.

Era evidente que a Stevie Rae le costaba trabajo hablar, y su voz sonaba temblorosa.

Erik volvió la vista hacia el agujero redondo de la entrada, tapado con una tela, que daba paso al dormitorio y que servía de puerta. Pero allí no había nadie.

—Venía justo detrás de mí. Creía que había entrado aquí... —contestó Erik. Entonces sí miró a Stevie Rae, y no terminó la frase—. ¡Ah, demonios!, eso sí que debe de doler. Tienes mala cara, Stevie Rae.

Ella trató de sonreír, pero fue incapaz.

—Bueno, he tenido momentos mejores. Me alegro de que Venus te haya ayudado a buscar el radiocasete. A veces conseguimos captar alguna emisora de radio aquí abajo.

—Sí, eso es lo que me ha dicho Venus —contestó Erik, distraído, mientras seguía con la vista fija sobre la flecha que le salía a Stevie Rae de la espalda desnuda.

A pesar de mi preocupación por Stevie Rae, comencé a hacerme preguntas a propósito de Venus, la chica ausente, y a esforzarme al máximo por recordar qué aspecto tenía. La última vez que había visto realmente bien a los iniciados rojos ni siquiera eran rojos todavía, lo cual significa que la silueta de la luna creciente de sus frentes era aún

de color zafiro, igual que el tatuaje de cualquier iniciado recién marcado. Pero los iniciados rojos habían muerto. Y luego no muerto. Y todos se habían convertido en enloquecidos monstruos chupasangre hasta que Stevie Rae superó otro tipo de cambio. De algún modo, la humanidad de Aphrodite (¿quién hubiera creído que tuviera de eso, verdad?) se mezcló con el poder de los cinco elementos, los cuales yo puedo controlar, y ¡voilà!: Stevie Rae recuperó la humanidad al tiempo que se ganaba unos cuantos preciosos tatuajes de vampiro adulto, que parecían parras y flores, para decorar el rostro. Pero en lugar de ser tatuajes de color azul oscuro, se habían vuelto rojos. Rojos como la sangre fresca. Y mientras le ocurría eso a Stevie Rae, los tatuajes del resto de los iniciados muertos no muertos también se volvían rojos. Y recuperaban su humanidad. En teoría. Yo apenas había estado con ellos, ni tampoco con Stevie Rae, desde el momento en que ella había superado el cambio, de modo que no podía estar segura de que volvieran a ser ellos mismos al cien por cien. ¡Ah!, y Aphrodite había perdido la marca. Por completo. Así que se supone que vuelve a ser humana, a pesar de que aún tiene visiones.

Todo ello explica por qué, la última vez que estuve con ellos, Venus seguía siendo aún más que desagradable, ya que estaba asquerosamente muerta no muerta. Pero por fin estaba mejor, o algo así, y como yo sabía que solía andar con Aphrodite antes de morirse (y de no morirse), pues me imaginaba que tenía que haber sido superguapa, porque Aphrodite no creía en las amigas feas.

Vale, dejadme que me explique antes de que todo el mundo piense que soy una *friki* supercelosa: Erik Night es un chico muy sexi que está como para morirse, al estilo de Superman-Clark Kent y, para seguir con la analogía del superhéroe, además es un chico con talento y, sinceramente, un buen tipo. Eh... quiero decir un buen vampiro. Porque además acaba de convertirse en vampiro. Y encima es mi novio. Eh... ex novio. Quiero decir que es mi ex novio desde hace nada. Por desgracia, eso significa que me voy a poner ridículamente celosa de cualquiera que logre captar en exceso su interés (en exceso es igual a un poco), aunque sea una *friki* de iniciada roja.

Es una suerte que Darius, con su voz seria, interrumpiera los desvaríos de mi mente.

—La radio puede esperar. Ahora mismo hay que atender a Stevie Rae. Necesitará una camisa limpia y sangre en cuanto yo termine con esto.

Darius dejó el maletín de primeros auxilios sobre la mesilla, junto a la cama de Stevie Rae, lo abrió y sacó una venda, alcohol y algunos artilugios espeluznantes.

Eso nos hizo callar a todos de una vez.

—Sabéis que os quiero a todos más que al pan blanco, ¿verdad? —preguntó Stevie Rae, dedicándonos una valiente sonrisa. Mis amigos y yo sonreímos a la fuerza—. Vale, así que no os lo toméis a mal si os digo que todos, excepto Zoey, tenéis que ir a hacer cualquier cosa que os mantenga ocupados mientras Darius me saca esta flecha del pecho.

—¿Todos menos yo? ¡No, no, no, no, no! ¿Por qué quieres que me quede yo?

Adiviné la risa en los ojos llorosos de Stevie Rae.

—Porque tú eres nuestra alta sacerdotisa, Z. Tienes que quedarte para ayudar a Darius. Además, tú ya me has visto morir una vez. ¿De verdad crees que esto va a ser mucho peor? —preguntó Stevie Rae. Entonces hizo una pausa con los ojos inmensamente abiertos y la mirada fija hacia las palmas de mis manos, que yo seguía levantando como una tonta—. ¡Maldita sea, Z, mírate las manos!

Giré las manos para poder ver lo que se había quedado mirando, y sentí que entonces era a mí a quien se le abrían los ojos como platos. Tenía tatuajes por las palmas de las manos: tatuajes con el mismo complicado dibujo de espirales de encaje que decoraban mi rostro y mi cuello, y que se extendían por mi espalda y alrededor de mi cintura. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Había sentido esa misma repentina sensación de quemazón en las manos que conocía tan bien; la había sentido mientras escapábamos y entrábamos todos en los túneles. Y me había dado cuenta enseguida de lo que significaba. Mi Diosa, Nyx, la personificación de la noche, había vuelto a marcarme como exclusivamente suya. Me había elegido una vez más entre todos los iniciados y vampiros del mundo. Ningún otro iniciado tenía un tatuaje tan completo ni tan extendido. Eso solo ocurría cuando se superaba el cambio, y entonces la silueta de la luna creciente de la

frente se rellenaba y se extendía por los lados de la cara, formando un tatuaje único que enmarcaba el rostro y que proclamaba al mundo que esa persona era un vampiro.

De tal modo que mi rostro revelaba que yo era un vampiro, pero mi cuerpo decía que seguía siendo una iniciada. ¿Y el resto de los tatuajes? Bueno, eso era algo que no había ocurrido antes: ni a ningún iniciado, ni a ningún vampiro, y ni siquiera en ese momento tenía una seguridad al cien por cien de su significado.

—¡Vaya, Z, son increíbles! —dijo Damien, que se acercó a mi lado y me tocó, vacilante, la palma de la mano.

Alcé la vista hacia sus amigables ojos marrones buscando cualquier síntoma de cambio en su forma de mirarme. Busqué el rastro de la veneración, del nerviosismo o incluso algo peor, del miedo. Pero solo vi a Damien, mi amigo, y su cálida sonrisa.

—Antes he sentido que me ocurría, al bajar aquí. Creo... supongo que se me había olvidado —dije.

—¡Así es nuestra Z! —exclamó Jack—. ¡Solo ella podría olvidarse de algo que es prácticamente un milagro!

—Más que prácticamente —confirmó Shaunee.

—Pero es un milagro típico de Z. Le ocurren todo el tiempo —dijo Erin, como si nada.

—¡No puedo ni conservar un solo tatuaje, y ella está toda cubierta, de arriba abajo! —exclamó Aphrodite—. ¡Imagínate!

Pero su sonrisa era tan amarga como sus palabras.

—Son la marca del favor de la Diosa, que te demuestra que estás siguiendo el camino que ella ha elegido para ti. Eres nuestra alta sacerdotisa —afirmó Darius con solemnidad—. La elegida de Nyx. Y, sacerdotisa, necesito tu ayuda con Stevie Rae.

—¡Ah, demonios! —musité yo.

Continúa en *Atrapada*